Concepción Gimeno
de Flaquer.

Ventajas de instruir á la mujer

Y SUS APTITUDES PARA INSTRUIRSE

Disertación leída por su autora
en el Ateneo de Madrid,
en la noche del 6 de Mayo
de 1895.

MADRID:
Imp. de F. G. Pérez
Ballesta, 9.

VENTAJAS DE INSTRUIR Á LA MUJER

Y SUS APTITUDES

PARA LA INSTRUCCION

Concepción Gimeno de Flaquer

Concepción Gimeno de Flaquer.

VENTAJAS DE INSTRUIR Á LA MUJER

Y SUS APTITUDES PARA INSTRUIRSE

Disertación leída por su autora, en el Ateneo de Madrid, en la noche del 6 de Mayo de 1895.

MADRID, 1896
Imprenta de Francisco G. Pérez
Ballesta, 9.

En todos los pueblos y en todos los siglos se han propagado las más contradictorias ideas respecto á la mujer. No debe sorprendernos si se atiende á que tan diversas opiniones son emitidas por el hombre, el cual pocas veces se halla, al juzgarla en el estado de serenidad que necesita un fiel observador, para que sus juicios sean eco de la verdad.

Las injurias ó elogios dirigidos al sexo femenino han obedecido siempre á convencionalismo de época, determinado sistema filosófico, rutina de partido político ó estado pasional del individuo.

«*Fragilidad, tu nombre es de mujer*».

Semejante á esta diatriba de Shakespeare, glorificada por los hombres, circulan cien mil,

lanzadas por ingenios anteriores y posteriores al gran poeta inglés.

Y no solo ha sido la mujer impugnada por filósofos, moralistas, literatos y legisladores, sino que hasta muy graves y sesudos padres de la Iglesia le han dirigido increpaciones como las que váis á oir. «La mujer es el órgano del diablo» (San Bernardo). «La mujer posee el veneno de un áspid y la malicia de un dragón» (San Gregorio). «La mujer nos hace daño hasta cuando nos hace bien» (San Agustín).

No les van en zaga á esos Santos Padres en propinarnos lindezas, los padres de la sabiduría, ya que dice Salomón que las mujeres hacen apostatar á los ángeles; Séneca, que la fealdad es lo único que puede garantizar sus virtudes, y Sócrates, que el amor de ellas es más terrible que el odio de los hombres.

Yo pienso que á muchos, al tratar de la mujer, ocúrreles lo que á los niños cuando se ven solos: *cantan de miedo*.

Tan gran empeño en zaherirla indica su gran importancia; si valiera poco no se ocuparían de ella ni escritores ni filósofos.

En contraposición á los improperios mencionados, observad cuánta galantería se desprende de las siguientes frases: *El hombre fué hecho en el campo, como los demás animales; la mujer en el paraíso* (Agripa). *La mujer es el domingo del hombre* (Michelet), *La mujer es el dije más precioso sacado del guardajoyas de Dios* (Guyard). *El amor*

de la mujer conduce á la virtud (Tibulo). *La mujer debe ser para el hombre un altar* (Dickens).

Si hubiera de mencionar las diversas formas en que la mujer ha sido denominada astro, flor, templo y oasis, espíritu del mal y origen del pecado, sería interminable. La mujer, que realmente no es ni demonio ni angel, rechaza todas las exageraciones y quiere ser considerada únicamente como mujer.

Bástale ser mujer en toda la hermosa acepción de esta palabra, que para escribirla pide Diderot al arco iris sus tintas; palabra insuperable en belleza, como lo ha demostrado Calderón exclamando:

Mujer, que aqueste nombre
es el mejor requiebro para el hombre

Poca consideración alcanzó la mujer en la antigüedad. En todos los países orientales, estaba obligada á casarse sin que se consultara su voluntad, porque era una adquisición del hombre: en Arabia el marido tenía el derecho de dar golpes á su esposa, á proporción de la cantidad en que la había comprado; entre los galos debía trabajar para su dueño en este mundo y enterrarse con él para servirle en el otro.

Vivía el hombre griego fuera del hogar; á la mujer le estaba prohibido salir de él. Recibían los griegos brillante instrucción; la ciencia de la mujer consistía en no *ver*, *oir ni hablar*. Las esposas hacían alarde de ignorancia por obedecer

á sus maridos: pero estos que se aburrían con ellas, á pesar de sus virtudes, buscaban amenidad en el trato de las hetairas, cortesanas ilustradas, que poseían la coquetería del espíritu y de los sentidos.

Puede comprenderse la opinión que merecía la mujer griega, recordando este aforismo aristotélico: *el esclavo no tiene voluntad; la del niño es incompleta; la de la mujer es impotente.*

La mujer romana no podía salir á la calle sin guardianes y sin llevar cubierto el rostro; completamente dueño de su persona era el marido; ni la viudez dábale libertad, porque quedaba bajo la tutela de los parientes.

Rómulo invistió al marido de un poder absoluto; las leyes de Numa, más suaves para la mujer, no le dieron dignidad; los famosos decenviros, después de igualarla con la propiedad mobiliaria, establecieron que fuera prescriptible; y por si esto no bastaba, la ley voconia despojóla hasta de la herencia paterna.

En el imperio de Augusto continuó el menosprecio hacia la mujer en el mismo grado que en la época del triunvirato; el espíritu de las leyes de entonces es sensualista é inmoral; y cuando prepondera la corrupción de costumbres, la mujer no puede ser respetada.

Extendióse tanto el divorcio, que, agobiado Augusto por los males que causaba, tuvo que refrenarlo, decretando que no se realizase sin la aprobación de siete ciudadanos.

Triste fue la situación de la mujer en el decantado siglo de Augusto; si estéril, la repudiaban; si tenía hijos, pertenecían al Estado.

La Edad Media tuvo más benevolencia para el sexo femenino; desde la venida de Jesucristo había empezado á ganar prestigio la mujer, y éste creció en la época de las Cruzadas. Como los combatientes tenían que marchar á Tierra Santa, fué necesario fiar á las mujeres la administración de los intereses y hasta la regencia de los reinos; con tal motivo empezaron á adquirir iniciativa, pudiendo mostrar sus facultades intelectuales, aletargadas hasta entonces por no haber tenido en qué emplearlas. En la época de las Cruzadas las mujeres llevaron el peso del poder: presidían juicios, sentenciaban pleitos, declaraban reos é investían abadesas; algunas de éstas fueron mitradas. En la abadía de Fontevrauet las abadesas decretaban penas civiles y religiosas, teniendo en todos los grados superioridad sobre los monjes.

La época de las Cruzadas es la época de la caballería, de los trovadores y de las cortes de amor. «¡Honor al sexo hermoso!» era el grito de los poetas de aquellos días. *Todo por mi Dios, por mi patria y por mi dama*, exclamaban los guerreros. La mujer fué proclamada musa de todas las grandes acciones, juez de las causas amorosas y dispensadora de las más altas recompensas.

De tal veneración á la mujer nacieron el pundonor y la delicadeza más exquisitos: los hom-

bres preferían morir antes que faltar á una palabra empeñada con la señora de sus pensamientos. El ideal femenino palpitó en los torneos, en las batallas, en la religión y en la poesía: las mujeres concedían el laurel de la gloria y la palma del triunfo.

Hay que observar, sin embargo, que aquellos homenajes á la mujer tributados no nacieron del convencimiento de su valer, sino de la galantería, considerada entonces, conjunto de todas las virtudes sociales del caballero. Aquellos hombres creían en la inferioridad intelectual de la mujer, lo cual no es raro, ya que creen lo mismo la mayor parte de los de hoy. Pero lo verdaderamente asombroso, es que, los mismos que proclaman su inferioridad intelectual, se opongan á que se ilustre. Si la inteligencia de la mujer es débil, debéis fortalecerla, del mismo modo que tratamos de fortalecer un organismo raquítico; si es vigorosa, fuera injusto y cruel dejarla sumida en el sopor para que se atrofie. No existe argumento incontrovertible para negarle entendimiento: en las escuelas mixtas de los Estados Unidos, las jóvenes aventajan á los muchachos.

Si no temiera ser acusada de introducir al enemigo dentro de nuestro campamento, os demostraría todo el alcance de la astucia femenil. Un Metternich y un Cavour, pueden engañarse; dos mujeres... no se ha dado el caso de que se engañen jamás.

Desde cualquier punto de vista que se considere, revélase la necesidad de instruir á la mujer: si cultiva su entendimiento, podrá elevarse á la altura intelectual de su marido, tomar parte en los triunfos que conquiste, ser la primera en admirarlos, sintiendo inefables dichas que no puede sentir la mujer vulgar, le amará más, le comprenderá mejor, y podrá existir entre ambos el matrimonio de las almas, sin el cual nada suponen el civil ó el religioso. ¡Que no se forjen ilusiones los hombres! No se posee verdaderamente á una mujer, mientras no se posee su espíritu; y para poseerlo, es indispensable esa identificación, que solo puede existir entre seres que han respirado el mismo ambiente intelectual.

Muchos hombres de nobles sentimientos, desviados de su hogar, porque no les comprenden sus mujeres, tienen que buscar en la casa agena la amenidad de que carecen en la propia.

Para que el hombre no encuentre largos los entreactos de la comedia de la vida, hay que hacerlos amenos con el ingenio. No le basta á una mujer ser virtuosa, necesita ser agradable.

Si la mujer no sabe cubrir al hombre la prosa de la vida con el dorado pólen de la ilusión, con el mágico espejismo del arte, que no se queje si la abandona.

Creedlo, la mayor parte de los hombres son inconstantes en los afectos, no por carecer de fa-

cultades afectivas, sino por no haber encontrado mujeres capaces de inspirarles grandes pasiones.

Destinada la mujer por la naturaleza á ser el primer preceptor de sus hijos, si es ignorante llenará de errores el cerebro del niño, errores que se arraigarán más tarde en el hombre, porque las ideas que la madre graba en la mente de su hijo son indelebles. Para ejercer dignamente el augusto sacerdocio de la maternidad, necesítase mucha instrucción.

Dar vida física á una criatura no es don muy grande, darle vida moral, es inmenso don. La madre, alma de la humanidad, gran influencia del universo, porque sobre sus rodillas se desarrolla la sociedad, forma la conciencia del niño, y si no ha de sembrar en ésta, inconscientemente el sofisma, precísale aquella cultura necesaria para conocer el orden natural y moral de las cosas, subordinados á una ley de suprema justicia.

El hombre lleva el cetro en la vida pública, á la mujer corresponde el gobierno de la vida interior; acostumbrado aquel á la síntesis y ésta al detalle, escápanse á la percepción del hombre invisibles perfiles que la penetrante mirada de la mujer culta abarca rápidamente.

Los efluvios que emanan de la mujer ilustrada saturan el hogar de encanto poético y forman los gustos y costumbres de quien los respira. Tan cierto es, que una mujer observadora distingue entre sus amigos, no sólo á los hom-

bres educados bajo la influencia femenina, sino á los hombres educados por mujer superior. Hay en el trato del hombre educado por madre culta, unas delicadezas, una elevación de ideas, un pudor de lenguaje, una elegancia de maneras, una cortesía que el padre no sabe inspirar ni transmitir, aunque sea tan sabio como bueno.

La ciencia del alma no debe fiarse á los metafísicos, deben enseñarla las madres: ellas saben leer en el corazón del niño, porque han estudiado un alfabeto especial al pie de su cuna.

¡Cúan grato debe ser para el hombre, cuando vuelva á su hogar abatido por las decepciones, fatigado de la lucha por la existencia, con el pensamiento ennegrecido por el pesimismo, encontrar una tierna é inteligente compañera, que le aliente, le consuele haciéndole vislumbrar un rayo de esperanza. La mujer no debe ser agena á la vida moral del hombre; debe conocer hasta sus pesares, porque sufrir juntos, es amarse, porque los lazos del dolor estrechan más los corazones que los lazos de la alegría.

La mujer que no posea más mérito que la belleza, tendrá breve reinado: la hermosura es como una exquisita fragancia; en acostumbrándose á ella, ya no se percibe. Los encantos del espíritu son los que más atraen á los hombres superiores; sólo los hombres vulgares prefieren la belleza plástica.

Tres mujeres se disputaron el corazón de Luis XIV: Mme. de Maintenon, Luisa de la Va-

liere y la Montespan. ¿Cuál consiguió hacerle su marido? La más ilustrada; Mme. Maintenon.

Uno de los grandes males que podrá evitar á la mujer la instrucción, es el tedio, formidable enemigo de sus horas de ocio. Cuando la mujer no tiene trabajos que hagan trabajar su inteligencia, cuando su vida está encadenada á lo rutinario y lo pequeño, aliméntase su fantasía de excentricidades, caprichos vanos, ideas irrealizables y sueños peligrosos.

El tedio ha conducido á más mujeres al abismo de la corrupción, que las novelas inmorales. ¡Hombres, evitad el ocio de la mujer!

Aunque parezca paradoja, os afirmo que el ocio femenino tiene terrible actividad: nunca se mueve tanto una mujer como cuando está parada.

No puedo explicarme, por qué el hombre tolera complacientemente á la coqueta, soporta á la fanática y muestra antipatía á la mujer ilustrada.

Solo á dos clases de hombres conviene la mujer ignorante: á los libertinos para vencerla, á los necios para no caer en ridículo ante ella. ¿Creéis que la mujer instruída será pedante? Os engañais. Una instrucción superficial, podrá crear vanidosas insoportables, una instrucción sólida, formará mujeres sensatas, discretas. Instruid á todas las mujeres y ninguna podrá vanagloriarse de ser instruida.

Al escribir Moliere su famosa comedia *Les*

femmes savantes no quiso atacar á la mujer seria que posee ilustración; en su época imperaba el culteranismo; y para hacerlo más ridículo, lo personificó en la mujer. Es tan cierto, que antes de representarse la obra, uno de los autores pronunció un discurso expresando que Moliere sentía respeto hacia las mujeres verdaderamente ilustradas y que sólo pretendía impugnar á las ignorantes, que deshonraban á la ciencia con su audacia. Los que han supuesto que quiso enaltecer la ignorancia en el sexo femenino, no han comprendido el espíritu filosófico que encierra la obra bajo su *vis* cómica. El haberse representado *Las femmes savantes* en el hotel Ramlsouillot, centro de mujeres ilustradas, como el hotel Brancas y la Cour de Sceaux, demuestra claramente que en la comedia no se las atacaba.

Háse querido persuadir á la mujer de que no debe estudiar, con el pretexto de la misión puramente doméstica que le está confiada. La misión de la mujer no puede circunscribirse á un sólo punto, no es posible determinarla encerrándola en el estrecho círculo de los deberes exclusivos, porque no tienen número prefijado. Su misión está en todas partes, depende de las circunstancias que á la mujer rodean. Si la mujer, enalteciendo su entendimiento se eleva á las alturas de la ciencia, mejor cumplirá su destino.

Nunca se ha discutido si una Reina debe cul-

tivar las letras y las artes. ¿Acaso es más fácil gobernar un reino que un hogar?

En vez de oponeros á que el espíritu de la mujer encuentre esparcimiento en las serenas regiones del arte, impulsadla á ello. Cuanto más ame lo grande, más abominará lo pequeño; el tiempo que emplee en ilustrarse lo quitará á la frivolidad; nutrido su entendimiento, discurrirá con mayor cordura; su prudencia será la garantía de la concordia que debe reinar en el matrimonio, sin la cual es imposible la felicidad.

¡Con cuánta razón se ha dicho: *no hay nada más pesado que una mujer ligera.*

Por la poca confianza que se tiene en la instrucción de la mujer española, se le arrebatan á sus hijas para llevarlas á colegios extranjeros, ó para ponerlas bajo la educación de institutrices que no conocen del idioma castellano sino lo aprendido en las conversaciones con nuestros criados. Al abdicar las madres del sagrado deber de educar á sus hijas, confiesan tácitamente que son incompetentes para ello. El amor propio, el patriotismo menos ardiente, debieran sentirse lastimados.

¿Qué sucede con las señoritas educadas en Francia ó en Inglaterra? Que nunca llegan á saber el idioma patrio, porque no habiendo estudiado gramática castellana, es imposible que lo sepan. Una amiga mía, dotada de espíritu crítico, decíame hablando de esto mismo, que había recibido cartas de encopetadas señoras, escritas

con una sintáxis y una ortografía, iguales á las que emplea mi peinadora.

Paréceme muy digno de elogio que una joven posea idiomas extranjeros, pero ante todo debe hablar y escribir la lengua patria, sin cometer desatinos. No ha mucho tiempo refería un cronista de salones, que en una casa en donde se reunen elegantes damas, al leer una página del Quijote preguntó una de ellas: *¿Quién es el autor de tan gracioso libro?* Esto es deplorable.

Obsérvese que al pedir cultura para la mujer, no pido su emancipación en el sentido que se acostumbra á dar á esta palabra; por lo contrario, paréceme que si los proudhonianos le niegan mucho, los sansimonianos le conceden más de lo que necesita, porque ninguna falta le hace el voto electoral.

Limítase mi deseo, á que se la liberte de la esclavitud de la ignorancia, para que pueda ser un buen elemento de influencia moral; un elemento civilizador.

Lejos de mi la idea de que se masculinice; cuanto más feminismo posea, será mas encantadora. Mi único anhelo, es que en vez de ridiculizarle su afición al estudio, (rara por desgracia en las españolas) se trate de despertarle tan noble afición, que ha de redundar en beneficio de sus hijos y del marido. Así no tendrá que recomendar á su esposa al llevarla á una visita, que permanezca muda, ó se evitará más de un bochorno si á hablar se lanza.

Refiérese que un Embajador francés, asistió en Londres con su mujer, á un banquete en el que se hallaba Foé, autor de *Robinson*. La esposa del Embajador, permaneció callada largo tiempo, pero al describir los comensales las aventuras de *Robinson*, afligida por el relato que estaba oyendo, exclamó con acento compungido, dirigiéndose al autor del libro: ¡Cúanto sufriría usted en la isla!

Imposible creer, aunque lo afirmen sus detractores que la mujer carece de aptitud para las artes y las ciencias; la mujer es artista por temperamento, su exquisita sensibilidad puede formar acerca de lo bello perfecto juicio, porque el sentimiento es en las bellas artes lo que el compás en materias de exactitud. La mujer sueña cuando no puede crear, y sus sueños son creaciones; nadie posee el sentido estético en más alto grado que ella. Si no se han distinguido todas las mujeres dedicadas al arte de Murillo, es porque no se ha tratado de hacerles adquirir conocimientos, sino de enseñarlas habilidades: su educación pictórica ha estado notablemente desatendida. Limitada á empíricas instrucciones difícilmente ha podido salir de copista: todavía hay quien se opone á que estudie el desnudo, sin pensar que el arte y la ciencia no deben ser impúdicos para quien los contempla con ojos de artista.

A pesar de las barreras con que ha tropezado la mujer para hacer sus estudios, han cultivado en España las bellas artes con brillante éxito,

Isabel Coello, las hijas de Juan de Juanes, Teresa de Sarmiento y Bejar, Mariana de Silva, Isabel Farnesio, Mariana Cueva, Angélica y Sofronisba.

El sexo femenino es tan susceptible de recibir cultura que, cuando un matrimonio salido de las últimas capas sociales, es elevado por la fortuna á las primeras, transfórmase la mujer en breve tiempo, haciendo olvidar su obscuro origen, mientras que al marido, no le suele caer el pelo de la dehesa en toda su vida.

Desde la más remota antigüedad ha demostrado la mujer su aptitud para las ciencias: Hipatia, fué asombro de Alejandría por sus profundos conocimientos; Diotima fascinó con su erudición á Sócrates; Aspasia, á Pericles; Timandra á Aristóteles, Lagisca á Isócrates, Eloisa á Abelardo.

La hermana de Herscheld, sobresalió en astronomía; la hija del jurisconsulto Fernesio, en Derecho Civil; Clotilde Tambroni, en griego; Gaetana Agresí, en matemáticas.

Agalis desempeñó brillantemente una cátedra de retórica y poética como muestra Francisca de Nebrija; Abella, distinguida napolitana, escribió obras de medicina, que fueron adoptadas por los médicos, cual las de Oliva Sabuco: Hortensia de Castro descolló en lógica, la ciencia más inaccesible para la mujer, según vosotros.

No omitiré el testimonio que dió en favor de nuestro sexo Benedicto XIV, con motivo de haber elegido la Universidad de Bolonia á Cayetana Agnesi, para la cátedra de matemáticas.

Esta insigne mujer, creyó que debía participárselo á su Santidad pidiéndole su aprobación, y respondióle el Pontífice: «No sólo apruebo que se os ponga en estado de lucir vuestro talento, sino que os exhorto á que forméis compañeras semejantes, á fin de acreditar que valéis por lo menos tanto como nosotros, si queréis aplicaros.»

Es indudable; los dos sexos ofrecen iguales manifestaciones de inteligencia recibiendo la misma instrucción: si el hombre aventaja alguna vez á la mujer en el cultivo de las ciencias y las artes, es porque hace de ellas su única ocupación.

Para que sirva de estímulo, no dejaré de mencionar á dos señoritas que no ha mucho recibieron el doctorado en letras, en la Universidad de Madrid, Matilde Padrós y Angela Caraffa, y á otras que estudian hoy licenciatura en la misma Universidad, Carmen Oña y María Goyri, las cuales rivalizan con los estudiantes en talento y aplicación. María Goyri que sólo cuenta 20 años de edad, es profesora titular, de La Asociación para la enseñanza de la mujer; cursó seis años en uno y tiene concluídas las carreras de comercio, institutriz y maestra superior.

Aun cuando se haya tratado de nulificar al sexo femenino, abatiéndole con el argumento de su inferioridad, no ha dejado de mostrar iniciativa en todos los tiempos.

Clemencia Ysaura estableció los juegos florales en Tolosa, á mediados del siglo XV; las mujeres alentaron el renacimiento literario.

Isabel la Católica, dió grande importancia á la cultura femenina; costeadas por ella, imprimiéronse obras que regalaba para difundir la instrucción. Testimonio de su amor á ésta, era la ley que dictó para que los libros no pagaran derecho. La inolvidable Reina fué discípula de Beatriz (la latina) y ambas se rodearon de una pléyade de mujeres ilustradas, entre las que sosobresalieron, Lucía de Medrano, Isabel de Vergara, Juana de Contreras y las hijas del conde de Tendilla.

En ese afortunado período literario, Juana de Aragon, primera duquesa de Frías lucía su ingenio en brillantes discreteos con sabios, artistas y poetas; siguiendo á ésta Isabel de Rosales incluída en el número de los sutiles escolásticos, Feliciana Morell doctora en leyes, Ana Cervatín profesora de lengua latina en Cataluña, y la toledana Luisa Sigea autora de notables obras escritas en árabe, griego, hebreo y latín.

Catalina de Médicis impulsó el renacimiento artístico en Francia; Margarita de Valois, Reina de Navarra fué una de las mujeres que más trabajaron en favor del renacimiento literario y la más célebre de las tres Margaritas del siglo XVI tan sabias como hermosas. En España admiró por su elocuencia, cuando vino á pedir gracia para su hermano Francisco: las cartas que le dirigió durante su cautiverio, hállanse en mérito epistolar á la altura de las de Mme. de Sevigne. Los literatos del Renacimiento fueron protegidos por

Luisa de Saboya, Ana de Bretaña, Isabel de Médicis, la marquesa de Mantua, la duquesa de Este, la de Ovetz, María Estuardo é Isabel de Inglaterra.

El siglo de la gloriosa doctora de Avila ha sido fecundo en mujeres de elevado entendimiento: cuando á fines de ese siglo se hallaban tan corrompidas las costumbres en Francia, la marquesa de Rambouillet trabajaba por mejorarlas, alejándose de la corte y encerrándose en su hotel, rodeada de personas morales y cultas. Los tertulianos de la marquesa imponíanse la misión de dirigir el gusto literario, depurar la lengua é introducir la cortesía en las fórmulas sociales. Aquellas doctas reuniones inspiraron á Richelieu la idea de crear la Academia de Francia.

Voltaire debió su engrandecimiento á dos mujeres; Ninon de Lenclos costeóle matrículas y libros, la marquesa de Pompadour hizo que le nombraran historiógrafo de Francia y gentil hombre de Luis XV.

No poseyeron los franceses una buena traducción de la Iliada hasta que publicó la suya madama Dacier, notable helenista que contribuyó á la restauración del clasicismo.

Uno de los primeros prosistas en Francia, ha sido una mujer, Jorge Sand, uno de los primeros poetas Mme. Valmore, uno de los primeros pintores, Rosa Bonheur.

El manoseado argumento de la debilidad de la mujer ha caído en descrédito: siempre será más fuerte aquel que sea más virtuoso. El hom-

bre más moral, llega á dominar sus pasiones, la mujer las doma. Más fortaleza existe en la resistencia que en el ataque, y á la mujer le toca resistir. No es débil la mujer: ella acude lo mismo que el hombre al foco de las epidemias y al fuego del combate: en muchas ocasiones, se ha quitado la vida antes que sucumbir al poder del enemigo, inspirando á su marido el valor que le faltaba. La sublime Arria, será siempre entre otras, gran ejemplo de esta verdad. El heroísmo es común á los dos sexos, porque cual todas las grandes acciones, es hijo del entusiasmo: él ha dado á la religión cristiana, mayor número de mártires en el sexo débil, que en el que arrogantemente se denomina fuerte.

No aventaja el hombre á la mujer en ardor para defender á la patria: imposible olvidar los nombres de la Doncella de Orleans, Juana de Monford, María la Valiente, Juana de Hachette. Berenguela, María Estrada, Isabel Pí, Juliana Palomera, Ana Fernández, Sancha de Valenzuela, María Pita, la condesa de Bureta y Agustina de Aragón.

La epopeya más grande de los tiempos modernos, la han realizado las mujeres en Zaragoza y Gerona: refiérense de ellas rasgos dignos de las suliotas, numantinas y espartanas.

Figuráos esas dos ciudades convertidas en ruinas, después de prolongado bombardeo, sobre las que caía granizada de terribles proyectiles, como cayó sobre las ciudades nefandas el

fuego de que nos habla la Sagrada Escritura. En las calles convertidas en hecatombes de valientes, uníanse los ayes de los moribundos á los gritos desgarradores de los heridos que ya no cabían en los hospitales, los lamentos de los ancianos, y los sollozos de los niños devorados por el hambre. Agregad todavía los pútridos miasmas que producían los cadáveres insepultos, y os formaréis idea del mefítico ambiente que respiraban aquellas heroínas, que sin momento de reposo, convertían los frágiles muros de las pocas casas que quedaban, en fortalezas, ocupaban las brechas, y repartían municiones de guerra. No es extraño que uno de los generales franceses al dar cuenta al Emperador de aquellas homéricas jornadas, exclamara: *todos son héroes.*

La mujer, que hija ha sido Antigone, esposa Eponina y madre Cornelia, posee grandes aptitudes para elevarse á las alturas del saber; los hombres no podrán declararla *inepta*, sin contradecirse, ya que han aceptado leyes, consideradas sabias, de Catalina de Rusia, Cristina de Suecia, Isabel de Inglaterra, María de Molina, Berenguela é Isabel la Católica.

¡Mujeres! elevemos nuestro espíritu; y si posible fuera que se cansara España de producir hombres eminentes, podríamos exclamar con Tasara:

Si grandes hombres por azar no crías,
las mujeres serán tus grandes hombres
y tendrás Berenguelas y Marías.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.